

13.2/299

1-259 1

Sobre todo el crédito.

("Las Noticias" Barcelona, 19 setiembre 1900)

Sobre todo el crédito

Hubo un tiempo en que el llamado interés supremo del Estado se cubría con la vestidura del honor; ante todo y sobre todo el honor nacional. Ibase á una guerra sin esperanza alguna de victoria, porque así lo exigía el honor, y por el honor había de verterse hasta la última peseta y la última gota de sangre.

Claro está que por debajo de ese concepto del honor, de que somos ya tantos los que renegamos, había un *valor* (como ahora se dice) positivo y de tangibles efectos. El hacerse respetar es una condición para poder vivir seguro en la vida. Pero en torno al núcleo concreto y permanente del sentimiento del honor había cuajado toda una concepción que en cierto sentido podríamos llamar mística y fantástica en otro, y de ahí vinieron todas esas fantasmagorías de que el honor es una cosa que una vez perdida no se recupera, y otra porción de zarandajas por el estilo.

Hoy va disipándose poco á poco ese concepto del honor caballeresco, quedando su núcleo permanente. (Recuerdo á este propósito el drama de Sudermann, *El honor*, arreglado á la escena española por el señor Fernández Villegas, con el título de *El bajo y el principal*). Pero al mismo tiempo se observa que otro *valor* ó potencia social, de positiva raíz, cual es el crédito, va haciéndose núcleo de concepciones fantásticas y de vestidura místico-económica á la moderna.

El crédito es el supremo criterio de la gobernación del Estado para el señor Silvela; cuando la prensa ministerial quiere probarnos que nuestro ministro de Marina lo está haciendo muy bien como timonel de España (páseseme la metáfora en gracia á su respetable antigüedad), todo se les vuelve repetirnos que el crédito de España se repone en el extranjero, que el Exterior sube, que inspiramos más confianza á los grandes Matías internacionales, á los usuarios de naciones.

Cualquiera diría que vivimos para el crédito, como si este fuese un fin y no un medio. Por aquí se llega á aquella famosa proposición de que conviene tener deuda. Y lo cierto es que la deuda sostiene á Turquía, por cuyo mantenimiento velan sus acreedores.

Para sostener el crédito debemos sacrificarnos todos, sin importárenos un ardite que sea ó no ficticio. Recordemos á los que



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALES

1.5.2/299

gastan más de lo que ganan, y al vituperarles por ello contestan que es el modo de mantener su crédito, pues creyéndolos ricos les confían capitales. Y recordemos al padre que se llena de deudas y trampas por presentar debidamente á sus hijas y pescar un buen yerno.

No hay que darle vueltas; á lo que debemos atender, sobre todo, es al juicio de los publicistas extranjeros y no á las quejas de nuestros labriegos ó industriales; lo importante no es la última cosecha sino la última cotización del exterior. Lo que Silvela quiera es que España se presente bien en el rigodón de las naciones, que todo lo demás se nos dará por añadidura. Para ello debemos limitarnos á comer patatas y ahorrar dentro de casa para poder salir á la calle de una manera decente y que atraiga las miradas de los pollos en estado de merecer.

Un economista alemán, Hildebrand, fué quien con mayor precisión señaló tres periodos económicos; 1.º el de la economía natural en que se cambiaban directamente las mercancías; 2.º el de la economía monetaria ó de dinero, en que se cambiaban mediante metales preciosos, moneda; y 3.º el de la economía de crédito, en que se cambian mediante promesa de dar más tarde un valor idéntico ó equivalente. Knies, criticando este principio, dice que la distinción entre la economía natural y la de dinero tiene valor, pero que el tercer periodo no contrasta con los otros dos y que es un error imputable al desconocimiento de la naturaleza del crédito. «Todo nuestro sistema de crédito se funda sobre el dinero», añade en su *Economía política desde el punto de vista histórico*. Y Wagner, el famoso cabecilla de los socialistas de cátedra, acepta esa crítica diciendo que la economía del crédito no es un desarrollo de la economía del dinero, así como ésta lo es de la economía natural «porque implica la persistencia de una moneda metálica corriente que sirva de regulador y de medida para los precios». (Véase su *Manual de economía política*).

¡Qué candorosos son estos sabios economistas! Aquí de lo que decía cierto opulento capitalista cuando le aseguraban que el señor Pérez era un gran economista: «¿Quién? ¿Pérez? ¿Pérez economista? ¡pero si ese pobrecillo apenas saca mil duros al año y anda siempre metido en trampas!»

Leyendo yo eso de que el crédito se funda en el dinero, es como mejor he comprendido el papel que nuestro oro representa en el extranjero.

Carlyle que aunque tenía poco de economista escribió algo de economía, añadiría á los tres periodos de Hildebrand, aunque con distinto sentido que éste, otro periodo: la edad del papel.

Es la edad en que vivimos, la edad del papel. Nuestro papel espiritual es el crédito y es un hombre de papel, Silvela, el encargado de empapelarnos en crédito.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES